

ARAUUCANÍA

los mejores 100
cuentos de la
cuarta versión
del concurso

EN 100

PALABRAS

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA CUARTA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plágio
Agosto de 2023

Selección | Fundación Plágio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plágio
Edición | Sebastián Astorga Ariztía

Inscripción nº 2023-A-7906 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-56-9
Tiraje: 20000 ejemplares
www.araucaniaen100palabras.cl

Impreso en Santiago de Chile por Aimpresores
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

ARAUCANÍA

los mejores 100
cuentos de la
cuarta versión
del concurso

EN 100

PALABRAS

En los relatos de esta nueva edición de Araucanía en 100 Palabras nos conectamos con las sabrosas recetas de nuestras abuelas, las tradiciones de nuestra región, la vida en el campo y la ciudad, y dejamos volar la imaginación con nuestros volcanes y ríos de fondo.

Cada cuento de esta colección nos revela algún aspecto de nuestra identidad y nos da la oportunidad de vernos representados en historias que rescatan nuestros más preciados recuerdos.

Como Empresas CMPC, estamos felices de ser parte de esta importante iniciativa que en cuatro años ha reunido más de veinte mil cuentos y que, como comunidad, nos permite armar un relato de la Araucanía que quedará para futuras generaciones.

Invitamos a personas de todas las edades y comunas de la región a disfrutar la lectura de estos cien relatos,

compartirlos con sus cercanos e inspirarse para escribir una nueva historia para esta nueva versión de Araucanía en 100 Palabras.

Esperamos leer tus historias.

EMPRESAS CMPC

A cinco años del lanzamiento de Araucanía en 100 Palabras, nos llena de alegría que miles de personas se animen cada año a conectar con su creatividad y escribir sobre su región, acerca de su presente, pasado y futuro, de su historia.

Escribir es recordar y también crear nuevas realidades. Desde Fundación Plagio, estamos convencidas de que la escritura es un ejercicio creativo de observación y entendimiento que favorece la empatía y el autoconocimiento. A través de ella podemos explorar los sentimientos propios y ajenos, analizar críticamente nuestra historia y dar luces de lo que esperamos del mañana.

Cada cuento que nos envías es un trozo de memoria de este territorio, que se entreteje con todos los relatos enviados y con los que son publicados año a año. Te invitamos a participar de este registro colectivo enviando tus cuentos a esta nueva versión de Araucanía en 100 Palabras.

Siéntate en una plaza y espera a que el cuento ocurra. Mira el bosque o un volcán y narra lo que sientes. Cierra los ojos y describe lo que ves. Escucha una conversación y escribe un cuento. Conversa con un desconocido y escribe lo que dice.

Escribe.

FUNDACIÓN PLAGIO

Presagio

Camino por un sendero del cerro, tupidos musgos y líquenes cubren el paisaje. Por largos momentos no puedo ver la ciudad que dormita allá abajo. Canta un chucao.

DANTE PAVEZ LONCÓN, 47 años, Padre Las Casas.

¿A qué huele la lluvia?

Mirando la ventana contaba los minutos para salir de clases, y la magia comenzó. Una gotita de lluvia cayó. Si hay algo que siempre he amado de Temuco es la lluvia. ¿A qué huele la lluvia? Huele a sopaipillas con pebre hechas por la Naty. La campana me saca del ensueño, tomo mis cuadernos, corro, y el camino, antes eterno, pasa volando. Abro la puerta y escucho el chicharrear del aceite, el cuchillo hace *sac sac* cortando cilantro, tomate y cebolla. Cariño para el alma de las manos de mi abuela. Para ustedes solo cae lluvia, en mi corazón, llueven sopaipillas.

NATALIA BRITO MORALES, 37 años, Temuco.

La marcha de los cochayuyos

Primer Lugar

En la cocina los niños se quejan del aroma espeso e intenso que invade la casa. La madre se limpia las manos en el delantal que hace años perdió los colores. Les hace bien, responde mientras abre las ventanas. A kilómetros, las aguas cubren con cortesía un manojito de cabellos tiesos y anaranjados que se depositan en la arena. Un hombre tira de ellos para llevarlos junto a los demás peluquines que amarrados emprenden el viaje sin regreso. En la plaza, una abuela cojea por los adoquines, con la sal en la cartera y el cilantro en el bolsillo.

VANESSA TORRES ALTAMIRANO, 22 años, Temuco.

Escuela rural

Volamos como traros por las faldas de los cerros, nos sumergimos en una brisa de lluvia. Corrimos haciendo nuestra la tierra que pisábamos, hablamos el lenguaje del queltehue. No éramos solo niños incautos por caminos rurales ni mestizos sin conocimiento. Corrimos y nuestros espíritus volaron por delante, conversamos con la Ñuke Mapu, por entre los árboles murmuraba el viento, diluyendo pasado y presente, pero avvicinando un futuro.

GASTÓN SANDOVAL GONZÁLEZ, 50 años, Padre Las Casas.

Raíces

En mi ceremonia de titulación, mi abuela, al verme con trarilonko, se emocionó. Le conté que me lo había prestado una amiga y ella me pidió perdón. Me dijo que su mamá le había heredado todas sus joyas, pero que ella por miedo a las burlas no las quiso recibir. Que no sabe quién las tiene, que perdió el rastro de ellas. «Serían tuyas ahora, tú tenías que usarlas», me dijo con sus ojitos oscuros vidriosos. «Perdóname, mamita», me dijo. Abuelita, yo no tengo vergüenza ni tampoco miedo. Abuelita, yo tengo tus ojos y tus rasgos. Con esa herencia me basta.

CAMILA LLEUFUL ALTAMIRANO, 36 años, Victoria.

La magia del sur

Viajé cerca de 45 minutos parado en la micro. Había sido un día de mucho aprendizaje, mis ojos y cuerpo se sentían crónicamente cansados. Al bajar del autobús una primera gota me mojó la nariz, luego otra y otra. Llegué a casa empapado hasta los huesos. Fue en ese momento cuando a mis fosas nasales llegó un delicioso aroma a tostado. Mi mamá acababa de hacer pan amasado; al verme, me extendió un pedazo humeante. Di un tímido primer mordisco, llegando a cerrar los ojos de placer. Entonces sentí que, realmente, no se necesita mucho para ser feliz.

DENISSE MORAGA RAIN, 19 años, Temuco.

Temuco amaneció ciego

«Temuco amaneció ciego», dijo la mujer a través de la radio que todos los días el chofer de la micro 4A escuchaba para poner un poco de ambiente a las heladas mañanas. Llevábamos treinta minutos en un taco que parecía infinito, a tan solo dos cuadras de mi liceo. Yo no podía esperar, me bajé y razón tenía la mujer, la neblina no dejaba ver.

SCARLETH SOTO DEL VALLE, 20 años, Temuco.

La carreta

Todos los años espera a ver las carretas que vienen a Temuco trayendo cochayuyos desde la costa. Se pueden ver caravanas de carretas desfilando hasta aquí, tiradas por dos bueyes, cargadas a tope de cochayuyos. Ansía ver la que trae un espacio hecho a la medida de su amigo, donde viene sentado, a ratos acostado, a ratos jugando con algún muñeco, pero siempre acompañando a su padre. Lo espera para jugar, para que le cuente las historias del mar, pero lo que más le gusta es cuando su amigo lo deja entrar en su habitación hecha de cochayuyos.

MIGUEL ÁNGEL CAMPOS MELLA, 13 años, Temuco.

Manjar costero

Cochayuyo, caserita, lleve su rica alga que le cura la diabetes, reumatismo, resfrío, úlceras, estreñimiento, hipertensión y hasta la obesidad, si no hay nada que se le compare al beneficioso cochayuyo. De Puerto Saavedra a Temuco, 90 kilómetros y cuatro días en carreta con bueyes para traerle a su mesa este rico fruto del mar y satisfacer paladares de los temuquenses. Prepare un rico ceviche, budín con cebollita, charquicán con ajito y choclo, guiso al pimentón, tortilla con huevos, empanadas, pebre, hamburguesas, salteado. Ay, que me dio hambre mi alma, como usted quiera puede cocinar su saludable cochayuyo.

RODRIGO ALLER SUÁREZ, 46 años, Temuco.

La gruta

Las manos moradas por el frío de junio, tapadas con las mangas del chaleco azul marino. El jumper corto, las rodillas coloradas y yo camino hacia la gruta porque me contaron que la Virgen hace milagros. Frente a ella siento el zumbido de los árboles que la abrazan y me parece que rezan. El Ñielol se vuelve un templo lleno de plegarias de muertos escondidos y sentí insignificantes mis penas de quince. Lloré de vergüenza por estar ahí pidiendo que me quieras. Lo cuento hoy porque las historias a los cincuenta, se cuentan y sí cuentan.

PATRICIA CASTILLO ENGLERT, 50 años, Temuco.

Ofrenda en el lago Colico

Pedaleamos por más de ocho horas desde Villarrica al lago Colico. Te llevé por caminos equívocos, pero no protestaste. Comimos fajitas, observamos el volcán y saludamos a los chucaos que desde los bosques predecían un buen viaje. Vimos el final de la puesta de sol en un mirador abandonado y recorrimos las siguientes dos horas a oscuras. Llegamos agotadas y sedientas a la playa de Las Hadas, hervimos agua que luego en un ansiado beso esparcimos en la arena sin querer. Dijiste que era la ofrenda que le debíamos a la tierra después de tan perfecta aventura.

CARMEN GLORIA CASTILLO TAPIA, 33 años, Villarrica.

Al alba

Con el canto del gallo, Juan termina sus primeras tareas diarias. El fuego en la vieja cocina a leña crepita y entibia la añosa casa de madera. En el mesón, sobre el mantel de grandes flores amarillas, dos humeantes tazas desprenden un suave olor a café de trigo. Margarita, la chispeante chiquilla que le robó el corazón hace cincuenta años, lo mira con ternura. Sus ojos de avellana le sonríen. Es la misma mirada de aquel entonces, aunque más sabia y templada. Los intrusos rayos del sol interrumpen el íntimo momento, avisan que llegó la hora de salir al campo.

LEDA GAZALE CHAPARRO, 43 años, Temuco.

Divertilandia

Venía caminando del liceo hacia Pinto. En el bandejón, unos hombres con cuerdas y armatostes. Divertilandia llegaba a la ciudad, uno de ellos me grita: «Oye, ¿querés trabajar?». «Ya, po», contesté. Estuvimos tres días armando juegos. Pasaban mis compañeros y me gritaban: «¡Buena, Salinas!», e Ilse, enrojecida, cruzó. Mi primer trabajo: cuatro lucas y media. Tenía dos entradas de regalo. El viernes la invité, le compré un algodón y subimos a la rueda que yo mismo armé y nos sentamos. «Me voy a Alemania», me dijo mirándome con sus ojos color del cielo. En silencio miré a Temuco, mi ciudad.

ANTONIO SALINAS ABARZÚA, 48 años, Temuco.

Covid

Desesperados por verse, se encontraron en la Dagoberto Godoy sabiendo el riesgo que corrían a meses de declararse la emergencia, sin permisos, sin documentos, solo por el amor que sentían. Después se fueron cada uno a su casa. Ambos decían que su amor era imposible de destruir. Lo que no sabían era que ya ese amor había llegado a su fin, como Romeo y Julieta hubo muertes en las dos familias, pero los enemigos no fueron Capuletos ni Montescos sino el covid.

SOFÍA MOYA QUIÑILEN, 23 años, Temuco.

Debate natural

Hubo un gran debate en la Araucanía: «Somos los más fuertes, nada se resiste a nuestro paso», rugieron los ríos. «Yo soy el más feroz», bramó el mar azotando en sus costas. «Mejor no nos despierten, porque ya saben qué pasa», roncaban los volcanes. «Pues nadie es tan resistente como estos bosques», crujieron las araucarias. «Y nosotros hemos tenido que ser todo eso para vivir junto a ustedes», dijeron los mapuches.

DARÍO MELO RIROROKO, 37 años, Padre Las Casas.

El guillatún

Ya quiero que sea el día en que se celebra un nuevo año, donde se está en familia y se pide abundancia y salud. El año pasado celebramos en grande, con mi papá bailamos treile y con mi mamá cocinamos hasta que nuestras manos no podían más. Esa noche, mientras estaba durmiendo, soñé que tenía un pájaro en la cabeza, él me decía que guardara un trozo de carne ya que eso me iba a traer riquezas. Todavía recuerdo cada detalle y cuento los segundos que faltan para el guillatún.

JACOB MUÑOZ HUILIPÁN, 12 años, Melipeuco.

Letras

Mención Honrosa

Confieso que hoy me pesa el español. Me pesan sus comas, sus puntos, sus comillas y sus letras. Me cansa hablar este idioma. Me agota la *o* con su redondez, la *c* con su curva y más aún la *b* con sus protuberancias exageradas, al menos la *i* pesa menos y guarda una elegancia con ese sombrerito sonriente. Descanso en la *ü* que me mira tiernamente, en la *ng* que le hace cosquillitas a mi paladar y en la *tx* que hace exhalar un susurro suave. Letras verdes que nacen en la montaña y caen sutilmente en la cascada poderosa.

ALICIA COLLINAO LIENLAF, 38 años, Temuco.

Pütrokiñ

Premio al Mejor Relato en Mapudungún

Kiñe rupa, rangiantü, chi ruka mew kony, kiñe pütrokiñ, ñi ñuke ñeküftukuwy, ñi chaw ñeküftukuwy, inche, inche adkintufiñ, inche, inche adkintufiñ. ¡Akuy pütrokiñ! akuy may ta kiñe werken, akuy may. ¿Chuchi kürüf küpaleimeu? waiwen kürüf küpaleneu, ¡alkütunge pütrokiñ anay!, tüfachi Llaima mapu mew, petu müleñ pukem mew. ¡Akuy pütrokiñ! akuy may ta kiñe werken, ¡akuy pütrokiñ!, akuy may ta kiñe werken, akuy may. ¡Akuy pütrokiñ! ¡akuy pütrokiñ! küpalkey pewü ñi piwke, küpalkey pewü ñi piwke. Kiñe rupa, rangiantü, chi ruka mew kony, kiñe pütrokiñ.

PAMELA CANALES CARRILLO, 38 años, Melipeuco.

Abejorro

Una vez, al mediodía, a la casa entró un abejorro. Mi madre quedó en silencio, mi padre quedó en silencio. Yo, yo lo contemplé, yo, yo lo contemplé. ¡Llegó el abejorro! Sí, llegó un mensajero, ya llegó. ¿Cuál viento te trajo? El viento sin rumbo me ha traído. ¡Escucha, abejorro!, en esta tierra del Llaima aún estamos en invierno. ¡Llegó el abejorro! Sí, llegó un mensajero, ¡llegó el abejorro! Sí, llegó un mensajero, ya llegó. ¡Llegó el abejorro! ¡Llegó el abejorro! Trae la primavera a mi corazón, trae la primavera a mi corazón. Una vez, al mediodía, en la casa entró un abejorro.

La manta

La manta de mi abuelo huele a bosques, a leña quemada y escarcha, está vieja y roñosa, sin embargo él aún insiste en usarla. Pesa como 10 kilos cuando llueve, pero su cuerpo se mantiene intacto, seco y caliente bajo ella. A veces lo veo dar vueltas entre sus gallinas, les da de comer diez veces al día y se suele perder en la quinta de manzanos. Cuando lo veo deambular desorientado lo tomo del brazo y me lo llevo a tomar mate, sus ojos grises parecen los de un niño perdido, pregunta mi nombre, huele su manta y regresa.

PAMELA VOLPI SANDOVAL, 30 años, Temuco.

Mapudungun

En esta sala de clases alegre y colorida caen como relámpagos recuerdos del pasado. Oscuridad, una voz fuerte: «Así no», «mapuche no», castigos, un profesor enérgico que me callaba, la obediencia falsa que me dividía en un mentiroso silencio mapuche, y en voz viva colmada de palabras prohibidas, las mismas palabras con las que mis abuelos desde que nací me abrigaron de amor, y el intento de desgarrar ese abrigo paternal. Pero ni desgarros ni silencio forzado me callaron. Ahora, en la sala del pasado, yo abrigo a estos niños en mapudungun como mis abuelos me abrigaron a mí.

CECILIA JARAMILLO SEPÚLVEDA, 20 años, Ercilla.

Familia

A ninguno de mis hijos les gusta la lluvia. El de cinco siempre llora y el de dos lo imita, aunque ni sepa por qué está llorando. Justo me dieron la tarde libre, así que pensé en hacer sopaipillas para la once, para que las probaran y aprendieran a disfrutar la lluvia desde casa. Lo que no me esperé fue la llegada de mi esposo con cuatro pares de botas de agua. Las sopaipillas se enfriaron un poco, pero las comimos igual, después de no haber dejado charco del patio sin aplastar.

TAMARA WIGAND CARIMAN, 25 años, Temuco.

Marta

Marta esperaba ansiosa su día de asueto, para disfrutar de la libertad tan constreñida durante la semana. Generalmente era bien tratada en la casa, pero a veces sentía que era mirada con cierto desdén por su patrona. Aquel domingo decidió ir al Cine Real, en calle Bulnes; entró arriba, a galería... De pronto miró hacia el lado y vio a su patrona, quien no había encontrado boleto para la platea. La sorpresa fue mutua y juntas vieron la última película de Tarzán. Más tarde, alguien las vio divirtiéndose en El Farolito... Y desde entonces, se miran a los ojos con sugerente complicidad.

JUAN JARA NAVARRETE, 69 años, Angol.

Una película de los 50

En un cerro de Melipeuco se encuentra un sobreviviente, un paisaje único, una reserva y una obra de arte. Blanco y negro, la nieve y el carbón, un recuerdo de una batalla peleada contra un incendio y una lluvia lenta que baña la calcinada madera con nieve. China Muerta es como una película de los 50, blanco y negro y con un bello silencio.

BASTIÁN CASTRO TRONCOSO, 15 años, Melipeuco.

Las estaciones

Siempre he querido actuar en una película donde pueda recorrer en un solo día las estaciones del año, aunque la verdad con solo ir a Icalma mi sueño se hace realidad.

NATALY VIZAMA INFANTE, 14 años, Cunco.

Viaje a Mehuín

Llegando a Mehuín con mi familia, estaba tan emocionado porque lo primero que hicimos fue averiguar si podíamos ir a ver a los pingüinos que están en la punta Maiquillahue y ¡sí! Me subí al bote y llegamos a una isla frente a la playa, había muchos pingüinos y algunos lobos de mar. El caballero del bote nos dijo que el macho pingüino busca y regala una piedrita a la hembra para enamorarla y nunca se separan, por eso está prohibido llevarse piedras de la playa.

RENÉ GARCÍA LEAL, 9 años, Loncoche.

El pájaro carpintero

Mientras observaba a mi padre hacer leña, sentí unos golpes como de un martillo, busqué en varios coigües, araucarias y robles que estuviesen a mi alrededor, era un pájaro de color negro y rojo que imitaba a mi padre.

DÉBORA VIZAMA INFANTE, 17 años, Cunco.

Conocimiento atávico

Una roca de al menos tres toneladas se interpuso en las intenciones del ingeniero y su cuñado, de hacer una planicie de estacionamiento en las faldas del cerro en la que se enclavaba la cabaña de veraneo. Cavilantes, evaluaban poleas, arriendo de máquinas y hasta explosivos. Cheuquepan, el cuidador lugareño, dejó de observarlos y sin mediar palabras, comenzó a trasladar paquetes de leña que depositó sobre la roca. Encendió el fuego y en silencio desfiló, frente a los intrigados profesionales, alimentando la pira hasta llegada la noche. Dos baldes de agua fría y la roca se fragmentó en mil pedazos.

MARCO ARRU BUSTO, 54 años, Temuco.

Conversación

Mención Honrosa

La casa la construimos en un bosque cerca de Curacautín. No queríamos talar los viejos árboles, por lo que, sin prisa, buscamos un claro. Poco después de empezar las obras, nos aconsejaron derribar un roble que crecía demasiado cerca. «Por seguridad», dijeron. «Por el viento», dijeron. Con pesar escuchamos el consejo. Con su madera hicimos las vigas. En las noches de viento, el bosque cruje y las vigas también crujen. Nos dicen que el sonido es el de la madera secándose, pero nosotros sabemos que el bosque habla y el árbol, en su nueva forma, le responde.

FELIPE FONCEA MATURANA, 42 años, Curacautín.

Una malva entre araucarias

Mi malva ha crecido entre alstroemerias, chauras, araucarias y *nothofagus*. Antes de caminar abrazó a un pillán, luego tuvo en sus brazos a Lonquimay y aprendió a porrazos que los bosques tienen legítimos y juguetones habitantes a quienes honrar antes de entrar. Cuando la noche llega sin nubes, reconoce al Yepun y sabe que nos acostaremos tarde identificando la Pata Choique y las Boleadoras Perdidas. Si después de todo esto logramos levantarnos temprano, rápidamente miramos hacia el Puelmapu para encontrar al guñelve. Malva no es una flor endémica de la Araucanía andina, pero aquí ha sabido enraizar y florecer.

JOSÉ HERRERA FIGUEROA, 42 años, Curacautín.

Reina de la olla

Premio al Talento Joven

La comida de mi abuela era la comida más rica que había probado nunca. Vivía en el campo y tenía varias gallinas, pollos y pavos. El pavo, bien gordito y grande, siempre andaba con la pluma pará y se sentía el rey del gallinero. Me senté a la mesa y mi abuela me sirvió un plato de cazuela, olía rico. «Ese pavo desgraciao», dijo mi abuela entonces, «salió bien chúcaro». La miré a la cara. El pavo era el rey del gallinero, pero mi abuela era la reina de la olla.

MARÍA ALARCÓN EPULEF, 17 años, Cunco.

El nacimiento de un dicho

Es curioso cómo nacen los dichos. Sucedió que una vez alguien, mirando por la ventana mientras chupaba la bombilla del mate una mañana de aguacero, vio en la rama de un laurel, acurrucadita y empapada, a una cantarina diuca. Pasó después, una tarde en que la lluvia fue también copiosa, que llegó a su casa con los hombros contraídos por el frío, la cara chorreando y el gorro hundido hasta las orejas. Entonces le dijo a quien lo esperaba que avivara el fuego y pusiera a hervir el agua, porque venía mojado como diuca. Y se entendió perfecto.

PAULINA SÁNCHEZ OYARCE, 37 años, Loncoche.

Tratado de pintura

Viajaron tingladas al óleo las añosas y grandes casonas. Se fueron en trenes de oxidados colores. En sus ramales vieron el ocaso de los largos bosques en acuarelas otoñales, escenas cotidianas del arte de vivir en lo real, en fogones con mate, en rostros curtidos, en bodegones repletos de frutos del mar y la tierra. Hoy, son pinceladas translúcidas en siluetas del recuerdo, espejismos sobre lienzo crudo. Viajaron en ellos Arsenio, Sebastián, Enrique y Alfredo. Se fueron los maestros pintores de Temuco.

DANIEL BERNAL PARRA, 50 años, Temuco.

Hombre infiel

Cuentan los habitantes de Melipeuco que, en el salto Triful-Triful, hay una sirena misteriosa que, una vez al año, seduce a los visitantes –principalmente a turistas que se acercan mucho a la orilla– en busca de venganza por aquel hombre que la engañó, la asesinó y la abandonó. Cuidado con el hombre infiel que se acerque a la orilla.

GÉNNESIS MATUS LABRAÑA, 16 años, Melipeuco.

El extraño pájaro en el cerro

Hace dos años atrás, en el campo de mi abuelito, salimos a caminar con mis primos y llegamos hasta una piedra en el alto del cerro. Estábamos observando la hermosa vegetación y de repente a mi primo Tiziano se le ocurrió gritar varias veces: «tue tue, ven a mí». Pasó un rato y apareció, entre los árboles, un pájaro gritando «tue tue». No se nos vieron las patitas de lo rápido que corrimos cuesta abajo del cerro.

RENÉ ESPINOZA ABURTO, 12 años, Melipeuco.

El castillo de Disney

Cuando era pequeña, vivíamos en Galvarino. Lo que más me gustaba era cuando íbamos a Temuco a comprar el pedido del mes o a ver familiares, porque tanto yo como mis hermanos estábamos convencidos de que pasábamos por fuera del castillo de Disney. Era un castillo de muros altos, con torres en cada esquina. Cada vez que pasábamos, le pedíamos a nuestros padres que se detuvieran para poder entrar, pero siempre se negaban. Ahora que pasaron los años y soy psicóloga, me vine a enterar de que sí hay niños en ese castillo de Disney: es una cárcel de menores.

JAVIERA GUTIÉRREZ TIZNADO, 28 años, Temuco.

El sueño de Aukán

Como si fuera costumbre, saltó por los charcos, trepó a los árboles y anduvo entre las ramas. En la oscuridad, sus ojos verdes, intensos. A la distancia, el sordo bramido del kull kull se inyectaba con furia en sus venas. Gran sopor lo envolvió. Estaba atrapado en ese cuerpo felino que sigiloso se movía entre frondosos matorrales, zarzamoras y helechos. Cuando quiso hablar, su voz fue un estruendoso rugido que retumbó en la agitación de las horas y la luna llena. Esa noche, Aukán se soñó convertido en pangui y que veloz se perdía entre despeñaderos, allá por las cumbres andinas.

CARLOS GRAY AGUIRRE, 70 años, Pucón.

El gran viaje

¿Por qué se llama Ojos del Caburgua?, me pregunto. Y me imagino que hace mucho tiempo, en el año 1017 salió un gigante y se quedó dormido con los ojos abiertos. De repente se despertó, y los ojos quedaron marcados por siempre. Hoy en día dos lagunas turquesas se encuentran en el lugar.

EIMY CASTILLO MELLA, 10 años, Loncoche.

El tesoro

Había una vez un pirata que buscaba un tesoro y navegaba mucho, mucho, pero mucho y no lo encontraba. Entonces tuvo que ir por más piratas para lograrlo. Siguió el viaje navegando desde Puerto Saavedra hasta Mehuín y lo encontró en una calavera escondida en el puerto de Queule, y estaban rodeados de muertos. Cuando vio el tesoro se subió al barco y se fue. Nadie sabe de qué trata el tesoro, pero dicen por ahí que se robó los días soleados, por eso siempre hay niebla en ese lugar.

BENJAMÍN CASTILLO PAVÉS, 11 años, Loncoche.

Los chimalguenes

Cae la noche. La llovizna hace más lento el tranco del caballo. No le gustaba andar de noche. Su mente se poblaba de seres mitológicos de sus amigos mapuches. De pronto, después de un recodo, sucedió lo temido. El caballo se detuvo, unas bolas de fuego, los chimalguenes revoloteaban y se cruzaban bloqueando el paso, despidiendo miles de chispas. Un sudor frío le recorrió el cuerpo. ¡Qué hacer! Después de unos minutos, cerró los ojos, espoleó el caballo y cruzó al galope. Cuando miró atrás, vio unos viejos troncos que se quemaban despidiendo chispas avivadas por el viento. Sonrió aliviado.

LUIS VISCARRA ASTUDILLO, 74 años, Temuco.

La noche más larga del año

Cuando llegué a vivir a Cunco aprendí a realizar rituales en la noche de San Juan. Las papas, el papel con tinta y la vela blanca se convirtieron en una tradición, hasta que una de las mañanas siguientes a esa mística noche, buscando las papas debajo de mi cama, agarré una mano que apretó la mía. Del susto no me salió la voz, solo atiné a llorar mientras aquella mano no me soltaba. Ahí, llorando en el suelo sin atreverme a mirar, escuché la risa de mi hermano chico que se había metido bajo mi cama para asustarme.

KARIN PEÑA GARCÍA, 29 años, Cunco.

El juicio

Premio al Talento Infantil

En el colegio Rafael Pombo, en la asignatura de Lenguaje, practicamos un juicio oral. Ahí conocí el Juzgado de Familia de Loncoche. Representamos un cuento, donde estaban los tres cerditos y el Lobo Feroz. El Lobo tenía un hijo que era testigo. El señor Lobo terminó en la cárcel porque fue culpable de querer comerse a los cerditos, pero lo más increíble fue que los tres cerditos tuvieron que cuidar al hijo del Lobo.

EDISON AVELLO ABURTO, 10 años, Loncoche.

Salchipapa

Yo siempre como salchipapa en El Rincón de la Lechera de Loncoche y también en el Sabropollo. Me gusta porque lleva papas y vienasas. Me acuerdo de que siempre vamos a comer con mi mamá. Me gusta ese momento porque puedo ver su sonrisa.

AGUSTÍN URREA, 10 años, Loncoche.

El miedo

En la escuela rural de adobe enseñaba mi viejo maestro Wáshington. Nunca supe por qué le pusieron ese nombre. Con él aprendí la grandeza de las estrellas colgando de las diáfanas noches de enero y el suave desliz de las misteriosas luciérnagas. Hace setenta años mi viejo profesor rural me recitó una noche «El cuervo» de Edgar Allan Poe, que me llenó de miedo para siempre. Tenía diez años y no vi nunca más una noche estrellada sobre las montañas de Maitenrehue. Solo humo, cenizas y cuervos invisibles junto a la muerte de los peumos y los hualles abatidos.

MIGUEL ÁNGEL ROA RIOSECO, 82 años, Angol.

Maqui

Ayer con mi papá fuimos a sacar maqui. Sacamos una bolsa llenita. Cuando íbamos llegando a mi casa, pasando el puente Paya, nos empezó a dar hambre. Decidimos comer un poco de maqui, después otro poquito, después otro, cuando llegamos a casa no había quedado nada. Le dijimos a mi mamá que no habíamos encontrado, pero nuestros morados labios nos delataron ante tal mentira.

LAURA HAENSELER MENDOZA, 11 años, Loncoche.

El camino a la escuela

«Hijaaaaa, despiertaaaaa». Oigo la voz suave de mi mamá. El olor a pan tostado y estufa a parafina en la que ella me calienta la ropa prenda por prenda me hacen despertar de inmediato. Me como mis tostadas con té, me lavo los dientes y salimos de la mano camino a la escuela. Hace frío y es entretenido ir pisando los charcos congelada, me tapa los ojos y me indica el camino, ¡no pisemos las rayas!... Me gusta el camino a la escuela. Me deja en la puerta, desde donde la veo alejarse jugando a no pisar las rayas.

ALEJANDRA RIQUELME OVIEDO, 41 años, Temuco.

El kilo de leña

Poniéndole acento sureño le dije: «Oiga, ¿a cuánto trae el kilo de leña?». Me miró feo y me respondió: «¿Cómo que el kilo? ¿No ve que se vende por saco? Por saco o por metro». La vida es tan confusa acá en el sur, parezco tonto comprando si no sé ni prender la estufa.

ADRIÁN CARVAJAL TAUCARE, 39 años, Victoria.

Aprendizajes profundos

Crecí por allá, entre Labranza e Imperial, pasaito la radio Bahá'í. Veía todos los días al cabro chico de mi vecina llegar en una camioneta roja, muerto de cansao. Parece que se levantaba temprano e iba a sacar papas, porque muchas veces le ofrecían a mi mamá. Yo igual era chica, y la verdad, siempre quise jugar con él a la escondía. Después de años, supe que debí decirle «ellkaukatun» y contar en mapuzüngun «küñe, epu, küla», pero en la escuela me enseñaron a decir «one, two, three» y «do you wanna play with me?». ¡Quizás hasta pudimos ser amigos!

NICOLE CÁDIZ MALDONADO, 31 años, Temuco.

Diccionario

«Tráeme un rico», me decía una compañera de trabajo. «¿Un qué?», le pregunté algo desconcertada. «Un rico, po...». Yo reí y luego le dije que como era santiaguina no entendía mucho, que sacaría mi diccionario sureño, ella también rio. Así descubrí que al queltehue le dicen treile, que existe una pequeña diferencia entre una babosa y un chape, entre otras cosas. Un día alguien me dijo: «Tengo que ir al norte», yo pensé en Arica cuando me interrumpió: «tengo que ir a Temuco», y volví a sacar mi diccionario.

SARA FARFÁN MIRANDA, 29 años, Villarrica.

Nostalgia de la Villa Rica

El lago, el puente viejo, la gruta, el volcán imponente. La playa Blanca, la catedral solemne. Los recuerdos de mi infancia se dibujan en tu geografía. En la ciudad que esconde una historia secreta marcada por la sangrienta resistencia aborígen. Un fuerte abandonado, una isla que se oculta tras la niebla, el Rucapillán que amenaza con liberar a sus demonios y luego espera silente. Ya no transito por tus calles, ya no sueño en el dulce hogar de madera crujiante. Mi madre ya no está, mi casa ya no está, yo también me fui, pero sigo atada a tus raíces.

ANGÉLICA OJEDA BECERRA, 40 años, Temuco.

Mi abuelo, tata

Él es muy trabajador y amable. A veces simplemente es único, no hay quien lo entienda. A veces cascarrabias, otras muy porfiado, muy porfiado, sobre todo cuando le dicen que no salga con botas de goma. Al final, siempre se enferma por lo mismo, ¿será una maldición que le gusten tanto las botas de goma?

GASPAR MASSA GARCÉS, 10 años, Melipeuco.

Un recital en provincia

El gimnasio La Salle estaba repleto. Por primera vez una importante banda llegaba a Temuco. Dos jóvenes discutían cuál era la mejor canción del grupo musical. «El baile de los que sobran», coincidieron. –Pero apuesto a que no trajeron el perro –sentenció uno. –Naa, si Los Prisioneros son buena onda, traen todos los efectos. –No creo –insistía el primero–, los santiaguinos no traen nada a provincia. Entonces empezaron los sones de «El baile de los que sobran» y después de las primeras notas se escuchó el sintetizador emitiendo los «ladridos». –¿Viste que trajeron el perro? –Aaaah, ¡qué güena onda! ¡Trajeron el perro!

JESSICA INZUNZA BETANZO, 57 años, Temuco.

Gurú del semáforo

No lo conocí, pero mi papá hablaba de don Santiago. Un anciano soñador de pelo cano, de sabia locura, con tintes de genio. Se lo encontraba en la esquina de Blanco con Montt. Siempre en compañía de sus perros. Alegraba la tarde con sus historias. Que era fugitivo de la NASA; que Gabriela Mistral robaba los poemas a sus estudiantes; que había enseñado a bailar a Michael Jackson y le tejía chombas de lana. También tenía la teoría de que la CIA estaba acortando el tiempo en los semáforos. Quién sabe, quizás el FBI fue el culpable de su deceso.

ROCÍO SAN MARTÍN SANTIBÁÑEZ, 37 años, Villarrica.

Sireno

Premio al Talento Mayor

Se inscribió como voluntario para un estudio bromatológico de la Facultad de Medicina de la UFRO, con una dieta por treinta días a base de pescado. A la semana sufrió irritación dérmica generalizada, mejorando al ver aparecer escamas; superó mareos y ahogos sumergiendo la cabeza en agua el mayor tiempo posible; se sintió acosado por los gatos del vecindario. Ya con decidida identidad pisciforme se lanzó al Cautín, «voy al encuentro de mi náyade», gritó; le han visto retozar con su ninfa en bancos de arena. Como miembro de una iglesia cristiana su lápida la encabeza el primitivo símbolo del pez.

CARLOS GRANDÓN CASTRO, 72 años, Victoria.

La invasión

Desde el norte llegaron hombres de cuatro patas y cráneos de hierro, en busca de las riquezas que nunca nos hicieron falta.

ANA PAULA OSSES TRECAMÁN, 17 años, Melipeuco.

Catalina de Erauso

Tras el recio paso de la caballería española dirigiéndose hacia Purén, las habladurías reemplazaban el sigiloso viento que silbaba... «¿Vosotros creéis que una monja pueda escapar del convento?». «No lo creo, chavales, una mujer no puede llegar tan lejos». «Seguramente debe estar ceñida en sus llantos de arrepentimiento». «O seguramente se cansó del estigma femenino, puede que haya logrado saber empinar una espada y haber alcanzado el trato que ella merecía. Incluso podría estar entre nosotros y nunca saberlo. Nunca juzguen las apariencias», respondió Catalina. «Lo lamentamos, general don Antonio».

ISMAEL MANSILLA MUÑOZ, 19 años, Purén.

El inmigrante

El Winnipeg había sido el barco que le había traído a un mundo nuevo. Recordó el silencio de las noches en las playas de Francia antes de abordar, recordó el hambre, el frío y el miedo a no sobrevivir. Chile no era lo que se imaginaba, era, sin duda, mucho más, pero haber llegado a mojar sus pies a la orilla del Rucapillán, superaba lo que sentía que merecía. Era como poesía. Y Neruda, ¿qué sería del viejo Neruda? Un día, hace tiempo, tocó su mano; hoy esperaba que su agradecimiento pudiera tocar su alma de poeta, esté donde esté.

ELEONORA SANGUER, 44 años, Villarrica.

La muerte de Dillman Bullock

Bullock estaba terminando de almorzar cuando se atoró con el postre. La Coca-Cola no sirvió para nada. Antes de morir pensó en la ironía subyacente: Él, que había dedicado su vida al estudio y enseñanza de la agricultura ahora moría por culpa de un durazno. Pensó en el museo, pensó en los hijos que no tuvo y pensó en su fallecida Katrina. Quizás esperaba por él en algún sitio.

MARCELO SANDOVAL CAMPOS, 24 años, Angol.

Solidaridad en un tren

Años atrás, algunas comunas de la Araucanía despertaban al paso del Tren de la Poesía. Viajábamos en aquel tren mágico con escritores y pasajeros variados. A su paso despertaban campos y animales que huían ante la presencia de un fenómeno desconocido. Como todo viaje en tren que se respete, la mochila cargaba huevos duros. Anterior a nuestro asiento, dos damas muy elegantes comentaban el viaje. El incentivo de los huevos fue grande y pronto embestimos el banquete, el aroma tentador contagió a las vecinas: ¿Llevan huevitos? Con una sonrisa ofrecimos huevos y pan amasado a las viajeras.

CARMEN CATALÁN NARVÁEZ, 77 años, Cholchol.

Recicladores

Eran dos hermanos: José, el mayor, y una niña más pequeña, quienes junto a su abuelo salían a recoger latas en las tardes de verano. Recorrían la línea del tren hasta llegar a la pampa frente a la Paula, población donde vivía el abuelo. Pasaban por la estación del tren y la plaza hasta llegar a la ECA, que son unas bodegas enormes donde guardan avena y otros cereales. Terminaban su ruta en los columpios, ahí mismo en la Paula, por los Castaños, comiendo helado de chirimoya alegre que compraban con la plata de las latas recicladas que vendían.

INGRID VILLABLANCA KEITH, 31 años, Lautaro.

Cuando fuimos a la Expo Loncoche

Un día dijeron en la escuela: «tomen esta autorización para ir a la Expo». Yo tomé la autorización y me fui contento a mi casa. Pasaron los días hasta que llegó el evento. Me preparé y nos fuimos. Al llegar dijo la maestra: «antes de salir no se separen». Nos bajamos y partimos a ver los animales: cerdos, vacas, corderos... y vimos muchos. Después, de vuelta a la escuela, comimos y a casa. Llegó la pandemia y ya han pasado dos años, aún conservo la esperanza.

JEREMÍAS BARROS NARVÁEZ, 9 años, Loncoche.

El invierno en Melipeuco

Melipeuco en invierno es muy frío; se congelan las carreteras, se revientan los calefont, pero, lo mejor de todo es cuando cae nieve y se congela el suelo. Las pistas de hielo son todo nuestro pueblo.

AYLIN MATUS LABRAÑA, 12 años, Melipeuco.

Días de verano

Llegado el verano, empiezan los días de calor. Son aquellos días que junto a mi familia decidimos ir al río que está cerca de donde vivimos. Al llegar tenemos que pasar por una ruta con enormes árboles que dan sombra a la orilla del río, siempre es común encontrarse con algún conocido, la mayoría de las personas van a bañarse, a jugar cartas o simplemente a tomar sol para disfrutar del día. Yo estaba en ese grupo de niños que competían a ver quién se tiraba el mejor piquero o quién aguantaba más la respiración, pasando así todo el verano.

VICENTE SOLÍS TORRES, 18 años, Traiguén.

¡Gracias!

Un día nos fuimos al campo, a la casa de Matilde. Ella, cariñosamente, nos invitó a la mesa. Estaba sacando las tortillas de la ceniza y al mismo tiempo preparaba un rico pebre. El mate ya estaba listo para ser compartido. Cuando me comí el primer pedazo de tortilla de rescoldo me puse muy contenta y dije: «¡Gracias!». ¡No me ofrecieron más! Aprendí que, en Villarrica, no se debe agradecer antes de terminar de comer.

MARÍA ANGÉLICA SÁNCHEZ SAAVEDRA, 55 años, Villarrica.

La despedida

Compartieron un paraguas, como tantos otros domingos, porque la lluvia, igual que el tiempo, no da tregua. Llegaron cansadas al terminal, ella cargada con una bolsa de comida y su niña con un bolso de ropa limpia en los hombros. Las dos con el corazón un poquito apretado. Tres semanas no son tanto tiempo, dicen los que no saben de adioses. Pero su niña se iba a estudiar, su niña iba a ser profesional, y no hay pena en el mundo que le ganara al orgullo que sentía en cada abrazo antes de que su niña subiera al bus.

ANA VERGARA BASCUR, 32 años, Temuco.

Techo amarillo

La alarma aún no suena, pero los treinta años de rutina se adelantan a cualquier sonido estrambótico. 05:00 am. Camisa, casaca, parka. Llave en mano. El portón apretado por el frío es el primer sonido de la mañana y el motor encendido anuncia la incipiente carrera, directo a Pinto con Miraflores. El café callejeado de la misma esquina sigue acompañado por la idéntica música de ambiente de cada día: «Caserita, pregunte no ma'». Mientras resuenan las verduras de temporada, yo sigo atento a quien se acerca a mi compañero de techo amarillo. Primer pasajero, taxímetro encendido: «¿A dónde lo llevo?».

JAVIERA DÍAZ NARVÁEZ, 31 años, Temuco.

El nacimiento del Toltén

Mención Honrosa

En la rivera del Toltén, por entre los dos puentes de Villarrica, aullaba la voz soberbia del puente nuevo, increpando al viejo por inútil y riéndose de su decrepita marchitez. «Contemplad mi diseño, mi porte y mi flamante arquitectura» –gritaba engreído. El otro lo observó durante un largo momento, preparando su respuesta con la calma de setenta años. Mientras pensaba, retumbaron en su memoria estallidos de metralla y gritos de mártires arrojados al río desde sus otrora lozanos parapetos. Entonces, en su sabiduría, el anciano calló, llorando lágrimas que también se ahogaron en el nacimiento del Toltén.

RICARDO SEPÚLVEDA DILLEMS, 47 años, Villarrica.

El roce de los recuerdos

Cuando entramos a la estación, lo primero que escucho es el siseo que las ruedas hacen cuando las máquinas a vapor se mueven y el bullicio de la gente transitar de un lado a otro, ansiosos por subirse a uno de aquellos vagones elegantes. Los pulmones se me llenan del aroma a carbonilla que expulsan las chimeneas; y me deleito con el armonioso pitido que anuncia la salida de uno de sus trenes. Mantengo los ojos cerrados, imaginándome toda esa magia, como si lo viviera en sus tiempos de gloria. Ahora disfruto los recuerdos, en el Museo Ferroviario Pablo Neruda.

OSCAR MEDINA MAUREIRA, 47 años, Padre Las Casas.

Lírica agotada

Entre el pesado humo lautarino existe escondida una lírica secreta, heredada de los espíritus de antiguos poetas. El tren revolotea las palabras, el río las trae de otros lugares. Lamentablemente, con los años se han hecho difíciles de encontrar, quizá porque los autos espantan las letras o porque es complicado verlas cuando solo se llega a dormir.

JOAQUÍN ARRIAGADA CATALÁN, 23 años, Lautaro.

Don Sergio

Don Sergio, un hombre de Vilcún, con varias décadas en el cuerpo, sabiduría y talento para observar y retratar la naturaleza. Talla maderas, pinta cerámicas y murales con los paisajes de su tierra. Es enamorado, sencillo y pícaro, como la gente del sur. En la gran mesa de su cocina tiene pinceles, óleos, trabajos terminados y otros por avanzar. Toda su vida el sustento para su familia lo obtuvo con su gracia para pintar. Sus hijos ya crecieron, su mujer ya no está, sin embargo, la gran mesa y su artesanía siguen siendo su fiel compañía.

CLAUDIA SÁNCHEZ ARAVENA, 43 años, Vilcún.

El Chelo

Cada mañana a las siete en punto, el Chelo aparecía lentamente doblando la esquina del mercado. Haciendo alaraco con su bocina de pato y luciendo orgullosamente su caparazón roja y amarilla de micro vieja. Uno a uno subían los pasajeros saludando al chofer y una vez dentro comenzaba la lotería de los asientos: «a mí me tocó el respaldo suelto», murmuraba alguno. «A mí la ventana rota», vociferaba otro. «Mi asiento se gotea». «Abre el paraguas», gritaba alguien. Y así, entre risa y risa, como una gran familia, comenzábamos nuestro viaje diario. Éramos los jóvenes que trabajábamos en Purén.

ALEJANDRA FUENTES RIQUELME, 53 años, Angol.

Boldoche

Boldoche: regle tripantu nielu, tañi ñuke feipifi: eimi kim mapudungulayaimi, ayeñeafuimi warria mew kimnolmy winka dungu: chileno txrokiukülefuy. Cholchol: ailla tripantu niulu: tañi pichike compañmu kimpuy tañi “indio” ñerken: kewan txripakefuy. Temuco Liceumu: tachi kimmelchefe Educación Cívica, kom tripantu mew ayekantuy tañi üy mew: nota final Epu. Frentren wecheke reke siclu XX mew, amuy Santiago warria: lepümfe, kona, construcción küdawfe, banco küdawfe, ñillay universitario chillkatu, profesional ñerpuy. Ñuke Mapu mütrümkerkey: büchalelu mülepatuy lof mew, amuley tañi nativo anümkan. Kakelu, ka wiñolu, katxrumamüllwe ñillay, ka kiñeke, txralkan. Itrofill Kake dungu nenturpuy chi mün-tuñ mapu, kizukünuelngen, weda lelilngel, falintuñenol.

BENEDICTO HUEICHAPAN LEUFUMAN, 73 años, Cholchol.

Boldoche

En Boldoche, con siete años, su madre le reiteraba: «no aprendas mapudungun, no quiero que en la ciudad se burlen de ti por no saber hablar»: era chileno. Cholchol, edad nueve años, por sus compañeros supo que era indio. Puñetes fue la reacción. En el Liceo de Temuco: el profesor de Cívica todo el año ridiculizó su apellido: promedio final 2. Como muchos jóvenes mapuche del siglo XX emigró a Santiago: barrendero, obrero, empleado; apodo: Araucano. Compró estudios universitarios. La tierra natal atrae: ahora jubilado, campesino. Otros compraron motosierras y algunos, armamentos. Diversas reacciones al despojo, abandono, discriminación, menosprecio.

Día del pago

Llegamos en el tren de las ocho a la estación de Temuco. Unas cuabras y entramos a la Caja de Pensionados; en días de pago uno se cansa menos, decía mi papá. De vuelta, parada en la Feria Pinto: malla de naranjas al hombro, pilguas con cebollas y papas. Segunda parada: pan de pueblo en Las Brisas, yogurt y leche condensada, una botella de vino y unos Freshen-up. Caminamos hasta la Copalca para tomar el bus de regreso a Quepe. Todavía no se me olvida el olor de los días de pago.

PEDRO AGUILAR BARRENECHEA, 50 años, Temuco.

Cabeza de palo

Camino a misa me contó que había sido mozo, pues a los doce años lo sacaron del campo y estuvo en servidumbre. En esa etapa los capuchinos lo escolarizaron y le dieron su Dios. Después sabría que siendo niño había sido libre y salvaje. Que descalzo, trepado en los árboles, cuidaba de sus animales. También supe que en sus retornos a la ruka, compungido, a su hermana decía: «No hables más mapuche, Dominga». En el pueblo me llaman «cabeza de palo». Yo esa infancia recuerdo. Al abuelo contando la historia, y particularmente la vez que armó mi cubo Rubik.

SIGISFREDO SANDOVAL SANDOVAL, 42 años, Temuco.

Arcoíris

Cuando era chico, por allá por los años noventa, me acuerdo que tenía que acompañar a mi mamá al centro. Algún trámite de adultos. Trámites que hago ahora. Y tengo un recuerdo permanente. Aquel viejecito que, con su traje blanco, por la plaza de armas y las calles céntricas, despejaba las nubes grises con sus turronecillos caseros, esos que parecían arcoíris.

FRANCISCO RIVAS HERNÁNDEZ, 37 años, Loncoche.

El relojero alemán

Recuerdo a aquel relojero alemán, de una conocidísima galería del centro de Temuco, que, al llegar a su local por las madrugadas, daba vueltas y vueltas a las cuerdas de sus relojes, para que con ello funcionaran durante el día. Los cucús cantaban a las siete de la mañana; por fin, los despertadores sus alarmas hacían sonar, era hora de recibir a la clientela, arreglar los pasadores y eslabones de uno que otro reloj de pulsera, limpiar los engranajes de viejos relojes de repisa y cronometrar las manecillas de los de bolsillo. Ese era mi abuelo.

MARCOS BARROS KETTERER, 35 años, Temuco.

Abrazo

Mientras caminaba, contemplaba la belleza que había en aquellas flores que teñían el paisaje de amarillo, morado y blanco, y pequeños corderitos caminaban entre ellas con pasos torpes y tiernos, conociendo el mundo, lentos y sin prisa. Mirando al horizonte, sentí el abrazo de la naturaleza, un abrazo desinteresado, un abrazo verdadero. A pesar de que no había nadie más que yo, estaba acompañada de todo ese verde salvaje, de ese blanco y frío nevado que alberga Cunco, y ese atardecer, cuyo último rayo de luz enciende hasta el páramo más helado, llena los corazones y cobija nuestro querer.

YAZMÍN BOMBIN MELIPIL, 18 años, Freire.

Araucaria de la plaza

Un día llegué volando, caí del pico de un choroy. La tierra era fértil y crecí. Muchos años han pasado. Miles de personas han caminado por mi lado, he presenciado incontables desfiles, actos, ferias, juegos, risas y también llantos. He visto nacer amores, incluso algunos llegar al altar, mientras también he sentido romperse más de algún corazón. Desde mi altura, vigilo el centro de mi amada ciudad. La plaza ha sido mi hogar, así como yo soy hogar de garzas y bandurrias, que día a día son mi eterna compañía. Si pasas por mi lado, desde arriba te veré.

GABRIEL TORO VENEGAS, 41 años, Loncoche.

Los vecinos perfectos

La Lili, la Pili, el Talito, el Bartolo, la Laurita, la Iris y también el Manolo, ya puedo distinguirlos por su lana peculiar cuando vienen a pastar. Se reúnen con la Martuca, la Pamela, el Janito y otros animalitos que aún no he bautizado. Me pregunto si serán de Rodríguez, quien nos vendió la parcela de Los Nogales, o del acaudalado que vive en Ñancul. Solo sé que estos inquilinos de cuatro patas tienen muy buenos modales, tampoco hacen ruidos molestos, por eso para mí... ellos son los vecinos perfectos.

WALTER MARTÍNEZ REYES, 79 años, Villarrica.

Caburgua

El lago lo bañó desnudo. Podía ver su espalda blanca estremecerse mientras tocaba con la punta de los dedos la superficie del agua ya tibia a esas horas de la noche. Su ombligo inexorable estaba sumergido e invitaba a danzar a quien lo viera. Me hice líquido en la orilla y avancé hacia el fondo sin dejar de mirar.

NATACHA CAMPOS VALENZUELA, 34 años, Temuco.

Hallazgo

José vivía un día normal mariscando. Los choritos maltones salían de a poco, pero algo más duro llamó su atención. Era un cráneo humano. Choqueado, lo sacó a la orilla y le dijo al balsero que llamara a Carabineros. El fiscal de Carahue llegó a verlo, la PDI lo revisó y el Servicio Médico Legal se lo llevó. Diez años después, almorzando, escuchó en la radio: «Científicos de Estados Unidos y Alemania concluyeron que un cráneo hallado en Nehuentúe era de un hombre que habitó la zona en el año 6500 antes de Cristo». «Debe haber andado sacando choros», sonrió.

JUAN CARLOS POBLETE GONZÁLEZ, 26 años, Lumaco.

El puma y don Fernando

Don Fernando contaba vívidamente lo que había sido su encuentro con el puma. Se vieron, hicieron un ruedo y cuando el puma salta sobre él, entonces don Fernando le arroja su chaqueta, la que, sin buscarlo, entra por los brazos del puma y se le ajusta a la medida. El pangui se desespera y arranca. Decía don Fernando que luego, en Vilcún, pasó a tomarse unos tragos para olvidar el susto y cuán grande fue su sorpresa al ver al puma afirmado en la barra repartiendo rondas con el dinero que encontró en los bolsillos de la chaqueta. ¡Será, poh!

ALEXIS PARRA ORTÍZ, 48 años, Temuco.

Temuco sabe

De Temuko yo soy. De la ciudad de todas y todos. «La capital regional» le dicen algunos, «el centro» otros, «el paso de la historia» le digo yo. ¿Sabrá el Ñielol o el Cautín todo lo que han visto y vivido? ¿Sabrá la tierra la sangre que tapa o las pisadas audaces y violentas que pasaron por acá? ¿Sabrá la plaza del hospital cuantas marchas y lacrimógenas tiene? ¿Sabrá la plaza de los milicos cuántos han dado su primer beso frente a fusiles y conductores? ¿Sabrá avenida Recabarren de ese caudal de antaño o sabremos nosotros lo que vendrá? Lo seguro, Temuko sabe.

EDUARDO GARCÍA VALENZUELA, 27 años, Temuco.

El volcán que anhelaba ser araucaria

Lonquimay alzó la vista hacia Llaima. Debía conformarse con apreciarla desde la distancia, pero aun así no era capaz de creer cuánto le había sonreído la fortuna al permitirle estar allí. Cada día al despertar, giraba el rostro hacia el sur y ahí estaba ella, tan radiante como siempre. Junto a ella, una araucaria. «Debes superarla», le decía Tolhuaca al menos tres veces por semana. Pero Lonquimay no conseguía apartar de su mente su majestuosidad, belleza y poder. «Si tan solo hubiera sido esa estúpida araucaria», se lamentó mirando con envidia al árbol a los pies de Llaima.

EMILIA CAMPOS SÁNCHEZ, 18 años, Lautaro.

Amulpüllün

Llegamos sudorosos al pequeño cementerio de aquella comunidad mapuche al interior de Carahue. Cuesta arriba por aquel pedregoso y soleado camino. Antes, fuimos partícipes de una ancestral ceremonia en medio del campo seco y las bostas de vaca. Debimos tomar vino del mismo vaso que todos y comer tremendo pedazo de carne asada, así nomás, con la manito, junto al ataúd. Diez hombres rodeando el féretro, dos de ellos intercambiaron palabras en mapudungun por cerca de una hora. Tomaron vino derramándolo también en las flores; luego gritaron con euforia. Nos quedamos, era el padre de la Rosita quien yacía ahí.

SANDRA DÍAZ AQUEVEQUE, 57 años, Temuco.

La noche de San Juan

Una vez con mis primos en casa de la abuela, en noche de San Juan, prendimos una fogata en el fogón y comenzamos a relatar historias que pasaron antiguamente en una de esas noches, asustando a los primos más chicos, nosotros, incrédulos de todo. Uno de nosotros se disfrazó con ropa negra, tocó la puerta del fogón, aterrando a los más pequeños. Todos reímos y los más chicos se fueron asustados. Reíamos a carcajadas hasta que en un momento también nos tocan la puerta a las doce de la noche, era el cachuo que venía por nosotros.

DANIELA MUÑOZ, 19 años, Cunco.

Lavandería en el río

Un solo segundo para que esa imagen me llevara a mi infancia: Aquella mujer agachada, de piel morena y quebrada y un sombrero para el sol, aplicaba su fuerza para lavar y refregar la frazada sobre una roca en el río Quino. Inmediatamente recordé a mi madre dándole palos a la frazada en el río Colpi, hace ya bastantes años, mientras me decía que no me acercara tanto a una orilla pantanosa, porque según el mito «el cuero de río me podría tragar».

HERNOL ARCE BARROS, 32 años, Traiguén.

Veranada

En la oscuridad de la noche, don Juan sorbetea el último mate amargo. Ensilló su caballo, el piño de animales estaba listo para ser arreado a la cordillera. A paso lento y en solitario emprendió su largo caminar. Atravesó correntosos ríos, sorteó riscos y quebradas, cabalgó por la cima de cumbrones inclinadas. En la laguna Mariñanco lo esperaba una choza, una tetera llena de hollín y un fogón cubierto de cenizas que habían quedado del año anterior. Juntaría leña, recolectaría piñones, cuidaría y protegería a sus animales. Había llegado a la veranada. Su viaje recién comenzaba.

PAMELA VALDEBENITO LAGOS, 35 años, Lonquimay.

Un final feliz

El viejo meditaba en su lecho: «Qué feliz me siento hoy; los hijos ya están grandes, tienen sus propios hijos, ya tengo la tierra arada para que ellos la siembren. Qué bueno que les gusta el campo, seguro van a cuidar bien de mis perros». El golpeteo de la lluvia sobre el techo de zinc lo distraía de sus cavilaciones, por su ventana alcanzaba a ver la base del volcán Villarrica. «La vieja ya sabe que voy, hace un año que me espera, mejor me apuro». Junto sus surcados párpados y sonrió, y así su arrugada piel se fue enfriando.

JOSÉ SOTO LEÓN, 37 años, Loncoche.

Érase una paloma en una pata

El paisaje galopaba a un costado del tren. Yo pensaba en el ave mutilada de la feria. Quise preguntarle a papá por su vida en este tiempo, pero aún persistía su resaca. Había transcurrido un año desde su última aparición. Esta vez parecía más viejo, menos sobrio. Ocupamos los últimos asientos del vagón y de momento me sentí feliz. Repentinamente, el tren se detuvo. Papá, de un sobresalto, decidió bajar solo. Cientos de aves volaron tras el ruido vibrante sobre los rieles. Se despidió con un tibio beso y cruzó la puerta. La brisa chocó en mi rostro. Sentí frío.

DANIELA SEPÚLVEDA PALMA, 21 años, Lautaro.

El Pidén

Hace unas décadas el Pidén bajaba descalzo del cerro Maulén a estudiar a Gorbea. Lo apodamos el Pidén por sus pies rojizos por las heladas de invierno. Los niños le cantábamos «indio Curilen, indio Curilen, indio patitas de pidén». Una tarde salimos del colegio, al llegar a la cantina del Mito Zúñiga se sonrojaron sus mejillas al ver a su padre ebrio tirado arriba de la carreta con bueyes, sin el saco de harina ni los víveres. Lo vi marcharse cabizbajo, tras el paso lento de los bueyes que conocían el camino hacia su casa.

WLADIMIR SAN MARTÍN CÁRCAMO, 62 años, Gorbea.

Bajo el puente

Bajo el puente hay un muerto. Nada se sabe de él. Sus ropas no lo distinguen ni su rostro es familiar. Antes de morir ya estaba perdido en la historia. Probablemente salió de una cantina y dio a parar aquí, al Cautín. Y, como nadie lo recuerda, nadie sabrá jamás que en su último suspiro, cuando el frío lo arropó, se sintió como volver a estar en los brazos de su madre. Eso explica la sonrisa con que lo encontraron. Pero eso nadie nunca lo sabrá.

FRANCO OSORIO LÓPEZ, 24 años, Lautaro.

Copihues de oro

Dicen que, si te subes a la copa de una araucaria cerca del río Toltén en primavera e invocas nueve veces el nombre de Rayén, escuchas entre el silencio un repentino bullido de guerra y a lo lejos ves acercarse a un guerrero llamado Nahuel con tres copihues de oro que brillan como el sol. Yo no escuché una batalla ni encontré oro que me sacara de mi pobreza. Tal vez sea solo un mito, pero aquel día, a gritos, un soldado armado hasta los dientes me bajó del árbol. Al marcharme, percibí en sus mejillas tres lágrimas que caían.

ANDRÉS URREA DÍAZ, 35 años, Temuco.

Coloso de acero

Llegó al coloso de acero. Se apoyó en la fría baranda para avanzar hasta sus entrañas por el camino amarillo. «Como en el *Mago de Oz*», pensó. Oyó cada paso retumbando contra el suelo, cortando el silencio de la mañana como un cuchillo. Entre cada espacio bajo sus pies podía ver el abismo. Abierto. Inmenso. Profundo. Rememoró su niñez. Recordó los ríos de sangre en que se transformaban las calles de Collipulli en invierno. «Las tierras coloradas», se dijo taciturno. Era su lugar favorito, con ese olor a tierra y humedad. Trepó por el borde del Viaducto. Sonrió. Inspiró. Saltó.

CARLA SEPÚLVEDA DÍAZ, 35 años, Los Sauces.

Te sientto

... se me partieron los labios de tanto besarte. Espero sentirte durante tres días y arder al cuarto. Bienvenido, puelche sureño.

KATHERINE SÁEZ DE LA HOZ, 40 años, Cunco.

Las carretas de lluvia

Todos dicen que cada año llueve menos, argumentan largamente con el efecto invernadero y el calentamiento global, pero la verdad es más simple que eso. La verdad es que se fueron las carretas de bueyes, repletas de cochayuyo hasta el borde. Cuando llegaban al pueblo, venían con las lluvias pegadas a sus ruedas. Mi abuelo se llevó la última cuando cerró sus ojos en el hospital de Imperial. Me habló de los patitos negros en el río. Luego, se fue a recorrer otros caminos, dirigiendo su yunta con su vieja picana, en campos donde llueve todo el tiempo.

CARLOS YÁÑEZ MERCADO, 40 años, Cunco.

No era na'

Despacito por las piedras, me decía mi mamá. Ella se refería al camino que recorríamos a diario entre Niágara y Padre Las Casas. Yo creía que me hablaba del amor.

ELSA DIMIER QUEZADA, 32 años, Temuco.

El regreso

Hace varios años que viene para acá, construyó su casita al costado sur de la nuestra. Vestida de traje, con una chaqueta oscura casi azulada, llega con los caloritos primeros de agosto y se marcha en abril, llevando, casi siempre, a sus hijos con ella. Mi madre y yo la espiamos por la ventana, nos encanta verla fugaz y atenta a sus quehaceres, ignoramos si es ella misma o una hija idéntica, el caso es que cada primavera nos regocijamos viendo el regreso a casa de nuestra fiel golondrina residente.

PATRICIA URRUTIA MARIHUAN, 61 años, Padre Las Casas.

En las vías de la ciudad

Todos en Temuco habíamos escuchado hablar de él. El aullido de un silbato por la madrugada, los perros ladrando a las vías vacías, las ruedas de un tren que no se veía por ninguna parte. La locomotora fantasma que pasaba por el centro de la ciudad, por detrás de la casa, o por el antiguo ferroviario. Una noche decidí buscarla, aventurándome por las poblaciones donde se escuchaba. Para mi sorpresa lo encontré justo antes de su partida, mientras revisaban los boletos. Pregunté a dónde se dirigía, el conductor replicó que a donde quisiera, pero que estaba adelantada unos años.

SEBASTIÁN HERNÁNDEZ ZENTENO, 20 años, Temuco.

Pewma

Despertó sobresaltada. En su pecho agitado cabalgaban por vez primera aquellos robustos animales desconocidos. El destello de los metales hizo correr un río sanguinolento hacia la comisura de sus labios. Susurró algo ininteligible. La llamaba el Rehue con vertiginosa urgencia, sin embargo, decidió permanecer acostada un momento más, invocar el silencio y la quietud. La brisa inusualmente tibia, inquietos los treiles, el gallo y su canto apocalíptico. Amaneció pronto, como un relámpago violento. La machi no pudo conciliar el sueño.

CARLOS ÁLVAREZ GÓMEZ, 41 años, Temuco.

Quiero morir allá

Sí. Así es. Soy un viejo, ¡muy viejo!, ¿y qué quiere un viejo como yo? Sí. Volver a su tierra. Donde corría junto al Cautín, ¡qué tiempos! Piñones, castañas, conservas vendía junto a mi padre. Todo era perfecto. Soñaba junto con la lluvia y despertaba con un tenaz puelche cuando el sol descansaba. Las manzanas eran miles. ¿Que si me enamoré? Claro que sí. De Angol a Lautaro, todos los domingos, detrás de una sonrisa que me volvía loco. Quiero volver, escuchar la lluvia golpeando los techos. Soy viejo. Sí. Muy viejo, pero con un corazón joven.

CATALINA ORTEGA OLIVA, 20 años, Lautaro.

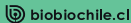
ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS

Participa en la nueva versión del concurso hasta el 6 de noviembre en www.araucaniaen100palabras.cl

PRESENTAN



MEDIOS ASOCIADOS



COLABORAN

